

MONGOLIA | 14 de Enero

La fugitiva

Jagana

Jagana se sentó donde siempre se sentaba en la iglesia adventista. El adorar a Dios siempre la llenaba de gozo. Pero, en algún momento durante sus años en la universidad, había perdido contacto con Dios. Todavía lo amaba y aún creía en él. Pero sentía que ya no vivía una vida que honraba a Cristo.

La iglesia será un mejor lugar sin mí, pensó. *Por el bien de todo lo que amo, debo irme.*

Jagana había luchado mucho para salir bien en la escuela; tenía buenas notas y esperaba con ansias poder graduarse con honores. Había estado trabajando tanto para conseguir su título que no se había dado cuenta de que estaba perdiendo contacto con Jesús.

Pensó en el momento cuando conoció a Jesús por primera vez. Estudiaba inglés con unos jóvenes adventistas. Si sus padres se hubieran dado cuenta de que se había convertido en cristiana, habrían puesto objeciones. Jesús se convirtió en lo más preciado de su vida.

Pero, cuando entró a la universidad, fulgores de éxito le desviaron los ojos de su Salvador, y poco a poco fue apartándose de Dios. Su adoración se convirtió en una rutina. Al sentarse en la iglesia aquel sábado, pensó: *Este es mi último servicio de adoración. Es mejor salir que vivir una mentira.*

Ángeles dorados

Aquella tarde sonó el teléfono de la muchacha.

—Jagana, ¡tengo buenas nuevas para ti! —la voz conocida del pastor Josué la tranquilizó—. ¡Has sido escogida para ser parte de los *Ángeles Dorados*!

Jagana quedó asombrada. Desde la primera vez que escuchó a los *Ángeles Dorados* cantar, había deseado ser parte de ese grupo de jóvenes adventistas. Viajaban por todo el norte de Asia sirviendo a Dios durante un año.

—No, pastor —tartamudeó—; no puedo.

Rápidamente le dijo sus razones:

—Voy a graduarme. Perdería mi beca si me retiro de los estudios por un año. No puedo cantar lo suficientemente bien como para ser miembro de los *Ángeles Dorados*.

Jagana le agradeció a su pastor favorito y se despidió. No le mencionó que espiritualmente se estaba muriendo.

El pastor Josué la volvió a llamar unos días más tarde y nuevamente la invitó a que se uniera al grupo musical. Nuevamente le dijo que no. El pastor la llamó una tercera vez. Pero, antes de que ella pudiera decir algo, él le dijo:

—Jagana, deja de decir que no. Solo ora sobre el asunto hoy y mañana, y pídele al Señor que te conteste.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

Jagana estuvo de acuerdo con orar. Pero en su mente se decía todas las razones por las cuales no podía unirse al grupo de los *Ángeles Dorados*.

El vellón

Oró, como lo había prometido.

—Dios, pensé que eras inteligente; pensé que sabías todo. ¿Cómo pudiste escogerme a mí para pertenecer a los *Angeles Dorados*? Pero... si realmente quieres que haga esto, dame una señal. Permite que mis padres —y mis maestros— estén de acuerdo. Entonces sabré que tú quieres que vaya.

Jagana estaba segura de que sus padres se enojarían, y que sus profesores nunca dejarían que saliera de la escuela.

Obedientemente llamó a sus padres para contarles sobre la invitación.

—Pregúntale a tu padre —le dijo su madre; y le entregó el teléfono al padre.

—Pídeles permiso a tus maestros —le dijo—. Si ellos dicen que sí, entonces está bien.

Asombrada por la contestación de su padre, Jagana colgó el teléfono. A pesar de que su maestro principal era un cristiano, sabía que desconfiaba de su religión y no estaría de acuerdo en permitirle dejar sus estudios durante un año solamente para poder cantar. Él quería que ella ganara la medalla de mejor estudiante tanto como ella lo deseaba. Pero, cuando ella le contó sobre los *Ángeles Dorados*, le dijo:

—¡Felicidades! ¡Ve!

Mientras Jagana esperaba la llamada del pastor Josué aquella noche, se preguntaba qué debía decirle. Entonces, comprendió que Dios la estaba llamando para servirlo. *Aún me ama, se dio cuenta. Aún me quiere.*

Sirve al Señor gozosamente

Jagana se retiró de la escuela y se unió a los *Ángeles Dorados*. No era una cantante entrenada, y luchaba en las prácticas más difíciles. Sintió que Dios la estaba ayudando a cantar más allá de sus habilidades.

Cuando el grupo comenzó su ministerio, Jagana vio cómo Dios los estaba usando para restablecer su fe. Y, durante una serie de reuniones evangelización en Mongolia, su madre entregó su vida a Jesús.

—Dios me ha mostrado que me ama y nunca me dejará —dice ella—. Estoy encantada de que me buscó en el momento en que planeaba dejarlo.

Jagana terminó sus estudios y está enseñando en la primera escuela primaria adventista en Mongolia. Siente que su mayor gozo es alcanzar a familiares y amigos como también a sus alumnos, y presentarles a su maravilloso Salvador.

Mongolia es una misión joven. Los primeros creyentes fueron bautizados hace poco menos de veinte años. Nuestras ofrendas misioneras ayudarán a expandir el mensaje del gran amor de Dios por todo Mongolia. Gracias por ofrendar.

Cápsula Informativa

- Mongolia tiene alrededor de 2,8 millones de personas; un millón vive en la ciudad capital, Ulan Batar.
- Los primeros conversos después de la caída del comunismo en Mongolia fueron bautizados en 1993. Hoy, más de mil seiscientos adventistas en Mongolia adoran en diez iglesias y grupos. Siete de estos grupos se encuentran en la ciudad capital.
- Muchos de los adventistas en Mongolia tienen menos de treinta años de edad.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©